



EL LIC. D. SANTOS DEGOLLADO,
Gobernador de Jalisco.

CAPITULO SETIMO.

CONTINUACION DE LAS HOSTILIDADES.

Circular del gobierno para las juntas populares.—Preguntas que habian de hacerse á los ciudadanos.—Libertad para votar y para escribir.—Carta reservada á los gobernadores.—Votacion del 1.º de Diciembre.—Votan algunos por Alvarez.—Son declarados conspiradores.—Resultado de la votacion.—Triunfos de los ministros.—El general Basadre.—Nuevas providencias terribles.—Desesperada posicion de la brigada Zuloaga en Nuzco.—Pronúnciase.—Entrégase Zuloaga como prisionero.—Injusticia del gobierno.—Toma de Huetamo.—Fusilamiento de Bahamonde.—Ingratitud del gobierno con él.—Entran los pronunciados en Ajuchitlan.—Mas órdenes terribles.—Represalias.—Circular de Alvarez para impedir las.—Acércase Alvarez á Chilpanzingo.—Proclamas á la guarnicion y al vecindario.—Carta al comandante general de Guerrero.—Sale otra vez Santa-Anna para el Sur.—Sus disposiciones.—Prision del coronel Moreno.—Es fusilado.—Instrucciones al comandante principal de Iguala.—Vuelta de Santa-Anna á Méjico.—Motivos que tuvo Alvarez para no atacar á Chilpanzingo.—Estrañamiento al comandante general de Guerrero porque no atacó al Ejército libertador.—Le reemplaza Lazcano.—Bando horrible contra Tixtla.—Medidas humanas de Alvarez.—Rumor falso acerca de ellas.—Don Plutarco Gonzalez.—Don Santos Degollado.—Don Luis Ghilardi.—Una comunicacion del prefecto de Zamora.—Va el coronel Santa-Anna á Michoacan.—Circular para que no se llamen pronunciados sino bandidos.—Pueblita en Acámbaro y en Taretan.—Don Cipriano de las Cagigas.—Entra Degollado en Puruándiro.—Esesos que se cometen.—Pronunciamiento de Zamora.—Las tropas del gobierno en Zitácuaro.—Atrocidades.—Irritacion de los indígenas.—Don Joaquin Urquiza.

El gobierno de Santa-Anna intentaba en vano conjurar la tempestad que tronaba sobre su cabeza; y era

porque todos los medios que para ello empleaba, no servian sino para poner en mayor evidencia las faltas de su política, y para exacerbar mas la indignacion de los ánimos. Como vió que la revolucion avanzaba y crecia por donde quiera, quiso dar de nuevo á su poder un baño de popularidad que quitara los pretestos á los que contra él se levantaban, y con este fin espidió una circular por el ministerio de gobernacion, en la cual se decia sustancialmente que supuesto que la revolucion con sus progresos habia puesto algo en duda si los mexicanos tenian ó no plena confianza en el presidente, éste que queria obsequiar siempre la voluntad nacional, disponia que el dia 1.º de Diciembre de aquel año se reunieran juntas populares en todas las ciudades y pueblos de la República, bajo la presidencia de los gobernadores, comandantes generales y demas autoridades respectivas de cada punto, para que allí los ciudadanos espresaran *con absoluta libertad* su opinion, su voluntad ó su parecer sobre las dos preguntas siguientes:

“ 1.º Si el actual presidente de la República ha de continuar en el mando supremo de ella con las mismas amplias facultades que hoy ejerce.

“ 2.º En caso de que no continúe con las mismas amplias facultades con que en la actualidad se

“ halla investido, á quién entrega inmediatamente el mando.”

En la misma circular se decia que el general Santa-Anna estaba resuelto á no continuar en el mando sin la plenitud de facultades que hasta entonces habia tenido, cuya idea estaba, por otra parte, claramente indicada en la segunda de las preguntas.

A los periódicos se les concedia libertad para emitir, solamente el dia 1.º de Diciembre, su opinion sobre las dos propuestas cuestiones.

Al mismo tiempo el ministro de la gobernacion dirigió reservadamente una carta á los gobernadores de los departamentos, en la cual les decia que ellos debian comprender perfectamente cuál era el verdadero objeto de aquella medida, y que á ellos les tocaba disponer las cosas de modo que no se malograra el buen resultado que apetecia el gobierno. Aunque estos conceptos estaban embozadamente espresados en la carta del ministro, no lo estaban tanto que dejaran de haberle causado vergüenza, si se hubieran publicado entonces. Nadie dudó jamas de las verdaderas miras que el gobierno se propuso en la convocacion de las juntas populares; y sin embargo, cuando se publicó mas tarde aquella carta, todavía se escandalizaron mu-

chos de ver allí patentes los amaños con que se había pretendido hacer burla de la nación.

Verificóse la votacion el 1º de Diciembre; y aunque ninguno creía en la verdad de aquella ceremonia, hubo algunos que finjieron tomarla por lo sério, que respondieron nó á la primera pregunta, y que propusieron para ocupar la presidencia, al general Don Juan Alvarez ó á otros ciudadanos.

Con fecha 11 de Diciembre se espidió una circular, mandando que fueran presos y juzgados como conspiradores, los que habían dado su voto al general Alvarez: y como había sido menester escribir el voto y entregársele firmado á la autoridad respectiva, porque así lo disponía la circular, el gobierno supo bien quiénes eran las nuevas víctimas de su nueva persecucion.

Escusado parece añadir que el resultado de todo aquello, fué que se quedaron Santa-Anna y sus ministros lo mismo que antes, sin que de nada les sirvieran, para evitar su impopularidad, los miles de votos que tuvo el dictador, segun se vió despues, el 1º de Febrero, cuando el consejo de Estado publicó el cómputo de los sufragios.

El gobierno, al empezar el año de 1855, podía en-

contrarse apesarado, supuesto que estaba mas que nunca pujante la revolucion; pero como los ministros no veían el verdadero estado de las cosas, ofuscados como estaban con los halagos de aquel poder que iba desmoronándose, lejos de sentir pesadumbre, se hallaban mas que nunca satisfechos por los triunfos que habían obtenido en el recinto de palacio, para ellos mas preciosos que los triunfos de sus armas. Habían logrado alejar de allí, y aun de la capital, á algunos individuos que les causaban grandes inquietudes, porque no aprobando aquella política, y siendo amigos particulares del general Santa-Anna, solían á veces ponerle mal con ellos, y producir aquellos arrebatos de mal humor, que se llamaron crisis ministeriales. Don Antonio de Haro y Tamariz estaba proscrito, y tenía que andar oculto para no ser víctima de las venganzas del gobierno; y habían sido confinados á diferentes puntos, fuera de la capital, otros personajes cuyas relaciones con el presidente eran para los ministros un motivo perenne de congojas.

Entre ellos figuraba en primera línea el general Don Ignacio Basadre, que les hizo siempre crudísima guerra. Liberal por educacion y por principios, dotado de claro talento, ilustrado por el estudio, por sus viajes y por sus relaciones con las grandes celebridades de la época, el general Basadre no podía aprobar

el absurdo sistema que el gobierno dictatorial había adoptado: si había aceptado la dictadura, y trabajado acaso por el robustecimiento del poder, lo había hecho, como otros muchos ciudadanos, con la mira de asentar en bases sólidas la libertad, salvándola de las exajeraciones demagógicas. Hombre de carácter franco y decidido, manifestaba resueltamente sus opiniones al general Santa-Anna, siempre que se presentaba la ocasión, y aprovechaba todas las que tenía, para aconsejarle que adoptara una política mas conforme con el espíritu del siglo, que sus ministros no eran capaces de comprender. Ni su antigua amistad con el presidente, ni los favores que le dispensó, ni el temor de perder su gracia, le hicieron abandonar nunca el propósito que había formado, de procurar un cambio de sistema; antes bien, se valía de las buenas relaciones que con el dictador conservaba, para trabajar en aquel empeño con una constancia infatigable; y mas de una vez logró que los ministros se bambolearan en sus puestos. Por fin, ellos triunfaron, y Basadre cayó en desgracia, habiendo sido desterrado de la capital en el mes de Setiembre, sin que desde entonces hubiera ya para él un día de sosiego, hasta que cayó la dictadura.

Cuando los ministros se vieron libres de aquel enemigo peligroso, y lograron que el dictador no volviese

á escuchar sus seductores discursos, respiraron, y se creyeron invencibles.

Así era en efecto, en el sentido que ellos lo pensaban; porque desde entonces ya no volvió á resonar en torno del dictador sino la voz de las lisonjas. Quedaban en el gabinete elementos discordantes al parecer; la enemistad entre el ministro de la guerra y el de relaciones no se acababa: pero aunque se aborrecían los dos, permanecía firme é invariable el vínculo que los unía.

La política del gobierno no se cambió en un ápice, en el sentido en que la humanidad podía apetecer un cambio en ella; antes por el contrario, se hizo mas atrabiliaria y terrible con el disgusto que causaron al gobierno los nuevos reveses de sus armas. Se conoció esto en las providencias que dictó con motivo del pronunciamiento de Cuautla. Recobrada aquella ciudad por las fuerzas que se enviaron al efecto, impuso el gobierno á los vecinos una multa de tres mil pesos, en castigo de su falta, y mandó castigar *ejemplarmente á los neutrales*, para escarmiento de los que en tales casos no se presentaran á rechazar á los facciosos. Casi al mismo tiempo mandó al comandante general de Michoacan que formara una fuerte seccion para que fuera á la hacienda de Don Epitacio Huerta,

el valeroso caudillo que tan célebre se había hecho en aquel departamento, "á destruir cuanto allí encuentre."

La brigada Zuloaga continuaba sitiada en Nuzco, privada de auxilios y comunicaciones, y sin otro recurso para alimentarse los soldados, que granos de maíz que recojian de una tierra vecina. En tan desesperada situacion todavía hicieron esfuerzos para salir de aquel conflicto; y el 13 de Enero se batieron denodadamente, aunque con mala fortuna, con una fuerte seccion de tropas mandadas por el general Moreno y por el coronel Pinzon, que estaban protejiendo la colocacion de una batería para atacar á los sitiados.

Aquella brigada había salido de Iguala para Ajuchitlan sin llevar los recursos suficientes para pagar las deudas contraidas por el coronel Don Rosendo Moreno, que hacia cuatro meses no recibia socorros para la guarnicion de aquel punto; y apenas bastaban los fondos que llevaba para cubrir su presupuesto hasta el mes de Diciembre. A pesar de esto, el general Zuloaga, se interna por la costa para contribuir á la realizacion de un plan de campaña que sin noticia suya se cambió despues cuando el gobierno quiso; se bate dos veces con honor; y el gobierno le deja abandonado en medio de sus enemigos, y en aquel mortífero clima, sin alimentos para los soldados, sin hilas para los heridos y sin medicinas para los enfermos.

Hacia ya treinta y siete dias que la brigada Zuloaga se encontraba de este modo en Nuzco, desnuda y hambrienta, teniendo que perder diariamente algunos soldados para procurarse granos de maíz y un poco de agua, cuando un parlamento dió lugar á que el coronel Don Rosendo Moreno supiese el verdadero estado de la opinion pública, y los movimientos que en consecuencia se estaban operando en toda la nacion. Le ilustró sobre esto en una conferencia el general Villareal, manifestándole francamente que el prestigio de la revolucion crecia á la par con el desconcepto de la dictadura que los tenia allí abandonados. Aquel mismo dia, que era el 18 de Enero, el coronel Moreno reunió á los jefes y oficiales que componian la brigada; y despues de esponerles sencillamente las circunstancias políticas en que se hallaba la República, la desesperada situacion en que ellos se encontraban, y la inutilidad de hacer nuevos sacrificios, los invitó á que manifestaran francamente su opinion sobre lo que debia hacerse. Todos hablaron de la miseria y horribles privaciones que la brigada sufría, y del abandono en que la tenia el gobierno; pero se fijaron principalmente en la situacion en que se encontraba la República, necesitada de orden y de paz; en los deberes que tenian que llenar para con su patria, y en la obligacion de obsequiar la voluntad del pueblo que tan claramente se había manifestado. De acuerdo todos en estas ideas,

levantaron una acta por la cual desconocieron la autoridad de Santa-Anna, se pusieron á las órdenes del general Alvarez, y ofrecieron prestar obediencia al gobierno que emanara de la revolucion.¹ En seguida, el coronel Moreno dirigió á los soldados una proclama, en la cual les recordaba la valerosa resignacion con que habian sufrido las privaciones de aquella penosa campaña, escitándolos á cumplir los nuevos deberes que les imponia su carácter de soldados de la libertad.²

El pundonoroso general Zuloaga no estuvo presente á las conferencias, ni tomó parte en la resolucion de sus subalternos; pero no pudiendo tampoco impedir que la llevaran adelante, consintió en quedar como prisionero de guerra, entregándose á discrecion del general enemigo. Este no solo respetó su vida, sino que le trató con las consideraciones debidas al valor y á la desgracia, no obstante que las atrocidades cometidas por el gobierno de México, habrian autorizado muchas veces una represalia sangrienta. Más adelante se verá cómo correspondió el general Zuloaga á esta noble conducta, y cuanto mas ganaba la revolucion con ser humana, que el gobierno con ser cruel.

Este acontecimiento valió á la revolucion mil qui-

¹ Véase esta acta en el *Apéndice*, bajo el Núm. 14.

² Véase en el *Apéndice*, Núm. 15.

nientos hombres que fueron á engrosar sus filas, cinco piezas de artillería y ochenta cargas de municiones de fusil y de cañon.

El gobierno habia espedido diferentes órdenes para que se retirara la brigada de Costa Grande; órdenes que debia suponer eran inútiles, supuesto que estaban cortadas las comunicaciones, y no tomaba ninguna providencia para espedirlas. A fines de Enero mandó que se hiciera una informacion sumaria para averiguar el paradero de la espedicion; y cuando supo lo acontecido, dijo en el *Diario oficial* que aquella desgracia no tenia otro origen que la *traicion* de Moreno y la *cobardía* de Zuloaga. El primero, sin embargo, habia cedido á la ley de la necesidad, y á la conciencia de sus deberes que le mandaban obsequiar la opinion pública; y el segundo habia llevado su pundonor hasta el extremo de entregarse como prisionero, con la certidumbre de que seria fusilado, segun el atroz carácter que entonces tenia la guerra. Sabia que los enemigos podian hacerlo, autorizados por la ley de las represalias, y mas bien quiso ponerse en sus manos que tomar partido con ellos.

Como se habia ensangrentado tanto la lucha, no se acabó del todo con aquel hecho la ojeriza de los pronunciados del Sur contra la brigada Zuloaga que se

habia adherido á la revolucion. Pensaban que sus enemigos habian dado aquel paso, arrastrados únicamente por la necesidad, y no por haber cambiado de opiniones: recelaban de ellos, y no dejaban de fermentar proyectos de venganza, atizados por el ódio antiguo que no habia podido apagarse. Corrian los mas siniestros rumores sobre tentativas contra la revolucion, que se achacaban á los oficiales pronunciados recientemente: y todas estas circunstancias que agriaban profundamente los ánimos, eran gérmen de grandes peligros, y podian comprometer lances funestos.

Aquella situacion dió lugar á que brillaran de nuevo en toda su plenitud, el celo, la prudencia y la generosidad del gobernador de Acapulco. Llamó á su presencia á los jefes y oficiales de la brigada Zuloaga; les manifestó los rumores que corrian; los escitó á que dijeran francamente si querian prestar sus servicios á la revolucion; hizo que renovaran su juramento los que mantuvieron la palabra dada en Nuzco, y ofreció proteger la libertad de los que quisieran retirarse. Mas de cincuenta lo hicieron; y lo habrian pasado muy mal si Comonfort no les hubiera servido de amparo contra el despecho de los del Sur. El los defendió, los trató con las mas esquisitas atenciones, les proporcionó recursos para vivir allí, y les dió lo necesario para embarcarse y pasar á San Francisco de California.

No faltaron entonces personas que advirtieron á Comonfort que recibiria mal pago aquella generosa conducta; y acertaron. Los jefes y oficiales favorecidos volvieron á empuñar las armas contra el favorecedor: éste los encontró en frente de sí mas tarde en el campo de batalla.

Casi al mismo tiempo que el de Nuzco, sufrió el gobierno de Santa-Anna otro gran desastre, hijo tambien de su imprevision, y del incomprendible abandono en que á veces tuvo á sus soldados. Atacada la plaza de Huetamo por una seccion del Ejército libertador á las órdenes de Don Luciano Martinez y Don Ignacio Diaz, tuvo que sucumbir el 16 de Enero, despues de ocho dias de sitio, durante los cuales la guarnicion de la plaza con el coronel Don Francisco Cosío Bahamonde á la cabeza, hizo prodigios de valor rechazando los furiosos ataques de los sitiadores. Tomadas por asalto la iglesia y la plaza del pueblo en la mañana del 16 por el capitan Don Márcos Miranda, ya fué inútil é imposible toda resistencia, que harto se habia prolongado, tratándose de una guarnicion enferma y mal alimentada. Cayeron en poder de los vencedores el coronel Bahamonde, 17 oficiales y mas de doscientos soldados, sin contar con los que habian muerto en los diferentes combates; siendo ademas el resultado de aquella jornada la adquisicion de dos piezas de arti-

llería de á cuatro, nueve cajas de municiones y doscientos cincuenta fusiles. Los soldados prisioneros fueron puestos en libertad; los oficiales quedaron en disposicion de recobrarla muy pronto; y el coronel Bahamonde fué fusilado el 17 por la mañana, en el mismo sitio que habia sido teatro de sus inútiles esfuerzos.

Hacia tiempo que Bahamonde se hallaba amenazado, y el gobierno lo sabia: el 31 de Diciembre le habia comunicado el comandante general de Michoacan, que grandes fuerzas pronunciadas estaban preparándose para atacar á Huetamo, pero que se mandarian tropas en su auxilio á las órdenes del coronel Don Ignacio Solis. Estos auxilios no se le enviaron á Bahamonde: hacia tres meses que no recibia fondos para el prest de la tropa: habia pedido sin cesar, y en vano, que se le socorriera, ofreciendo defenderse hasta quedar sepultado con su guarnicion bajo los escombros de Huetamo. Solo y abandonado á su suerte, aquel hombre saca del hospital á los soldados enfermos, y los coloca en las trincheras; se pone á su frente, se defiende con desesperacion, sucumbe al fin, y es fusilado.

¿Cómo pagó el gobierno de Santa-Anna este sacrificio?

Con fecha 20 de Enero el comandante general de Michoacan participó al gobierno que habia sucumbido

la plaza de Huetamo, y que Bahamonde habia caido preso en poder de los enemigos. La contestacion del gobierno fué quejarse de faltas de obediencia á sus mandatos, y decir que las órdenes dadas á Bahamonde para que se retirara á Tacámbaro, habian sido *eludidas*. “El gobierno, decia el ministro en su comunicacion, “tiene que lamentar que el citado coronel Bahamonde, “por su inesperienza, ó por *falta de firmeza* para sostenerse en el punto que se le habia encomendado, “concluyera con entregar á unos soldados que merecian mejor jefe, y la plaza de Huetamo; por cuya “*cobarde* conducta quiere S. A. que en el acto de que “aparezca por alguna parte y se presente á V. E., “mande se le reduzca á prision, &c.”

El gobierno habia dado efectivamente órdenes á Bahamonde para que se retirara á Tacámbaro, pero lo habia hecho cuando sabia que no las podia ya recibir por estar circundado de enemigos. No le podia acusar de debilidad ni de cobardía; y es palpable ademas la contradiccion que existe entre estas calificaciones, y la falta que le achacaba de haber *eludido* unas órdenes, comunicadas para que se retirara de un punto peligroso, donde eran menester el valor y la firmeza.

En una carta que pocos dias despues dirijia Santa-Anna á Don Luis G. de Vidal y Rivas, le decia ha-

blando de otro individuo que tambien le servia con decision y lealtad: "Haga Vd. que el coronel Osollo se encargue de la subprefectura y comandancia militar de aquel punto, para evitar que el que está allí, vaya á cometer una torpeza como la de Bahamonde, porque *estos cosacos* inespertos se atarantan fácilmente, y no saben, &c." De modo que el gobierno dictatorial no solo no agradecia el sacrificio de sus servidores mas leales, sino que escarneaba su memoria. No bastaba morir por él para dejarle satisfecho.

La toma de Huetamo dió á la revolucion extraordinario impulso en todos los pueblos situados por los confines de Michoacan, México y Guerrero. Consecuencia de ella fué la desocupacion de Ajuchitlan por las tropas que guarnecian la villa, las cuales se fueron á Tepantitlan con el coronel Don Juan Velez á la cabeza, y levantaron una acta para adherirse á la revolucion, porque su gobierno "les habia faltado en todo." El 22 entraron en Ajuchitlan Martinez y Castañeda, y encontraron allí tres piezas de artillería y buena cantidad de armamento, pertrechos y municiones. Todos aquellos pueblos quedaron adictos á la revolucion; y segun decia Martinez en su parte dirigido al general Moreno, "no queda mas enemigo que la desolacion que nos ha causado á todos el formidable peso de la tiranía."

Las medidas que dictaba el gobierno, daban bien á entender la mala ventura de sus armas en los demas puntos del departamento de Guerrero. Con fecha 26 de Enero decia el ministro de la guerra al general Don Simeon Ramirez, comandante general de Iguala que se hallaba en Tasco: "Los pueblos rebeldes deben ser *desaparecidos*, y todos los individuos que hayan tomado parte en hostilizar á la tropas nacionales, *serán pasados por las armas*." Desde antes se le habia mandado á este general, que pasara á Tasco para ir desde allí á batir á los pronunciados que se hallaban en el cerro de Huistaca. En Tasco, le decia el gobierno, "hay traidores que bien podrá V. S. *espeler*, en particular todos los dependientes y adictos del conspirador Don Antonio de Haro y Tamariz." Cuando el general Ramirez dió parte de haber tomado á Huistaca, cuyo punto habian abandonado los del Ejército libertador, decia que lo *arrasaria* todo, conforme á las órdenes que se le habian dado.

El sistema devastador del gobierno habia llegado á agriar los ánimos de sus enemigos en términos de inducirlos á vengarse con atroces represalias. No necesitan tanto los partidos que toman las armas en las guerras civiles, para que sea una verdadera plaga su tránsito por los pueblos; pero cuando el gobierno mismo decretaba friamente actos de vandalismo y des-

trucción, no es de extrañar que mas de una vez las guerrillas sueltas de los pronunciados mancharan con excesos parecidos la causa que defendian. Sucedia esto, sin embargo, á despecho de los principales caudillos de la revolucion, que frecuentemente daban severas órdenes á sus subordinados, no solo para que respetaran las propiedades, sino para que fueran humanos y generosos con los enemigos á quienes vencieran. Señaladamente hizo esto el general en jefe del Ejército restaurador, cuando hostigados los suyos por las depredaciones y desafueros que prescribia la dictadura, pensaron formalmente en entregar á las llamas las haciendas y demas propiedades de los que la eran adictos. Una circular espedida en el mes de Febrero, contiene sobre este punto, ideas y recomendaciones que espresan el espíritu de los pronunciados, pues que en ella se mandaba impedir á todo trance el incendio ó devastacion de las fincas, "aun cuando sean pertenecientes á jefes ó personajes enemigos."³

En Febrero de 1855, alentados los del Sur con la reciente fortuna de sus armas, se consideraron bastante fuertes para acometer mayores empresas que hasta entonces. Todos los planes del gobierno habian sido desbaratados; apenas le quedaban en el Sur mas pobla-

³ Véase en el Apéndice Núm. 16.

ciones de importancia que Chilapa y Chilpantzingo; y el jefe de la revolucion pensó que habia llegado el caso de dar un golpe al mismo cuartel general. Con este fin se reunieron considerables fuerzas, que tomaron el 26 de Febrero á Chilapa despues de un reñido combate; y obtenido este triunfo, se dirijieron á Chilpantzingo con ánimo de atacar la ciudad. En el pueblo de Mazatlan, á cuatro leguas de distancia, hizo alto el general Alvarez con dos mil quinientos hombres, cuatro obuses y una pieza de á seis: á su retaguardia venia por Chichualco con mil hombres y tres obuses, su hijo el coronel Don Diego; y Don Jesus Villalva, con otros mil, se habia situado entre Chilpantzingo y Tixtla.

Con estas fuerzas, que podian ser oportunamente apoyadas por Caamaño, los Navas y otros guerrilleros situados en diferentes puntos y á distancias convenientes, no habria sido difícil tomar á viva fuerza á Chilpantzingo, donde habia una guarnicion que no pasaba de 3.000 hombres, muy valientes sin duda, pero desalentados con los recientes descalabros, y cansados ademas de una lucha, en la cual prodigaban inútilmente su sangre y sus sacrificios. Pero Alvarez quiso emplear los medios de la persuasion, mas bien que los de la fuerza material que tenia en su mano; y con este fin dirigió una proclama á los soldados de la guar-